

## Nuestro primer romance

# ANTON EL DE LOS CANTARES Y LA GUARDIA CIVIL

Por Luis Martínez Terrón

Traemos hoy a estas páginas la figura de un hombre, de un excelente poeta, que hasta el presente no había sido evocado por otras plumas que en sus trabajos han ido estudiando diversos aspectos de la historia de la Guardia Civil.

Se trata ni más ni menos que de Antonio de Trueba y la Quintana, autor de aquellos versos que alcanzaron popularidad en el pasado siglo, cuando los hombres de La Benemérita afianzaban las raíces de su prestigio en la lucha contra el bandolerismo:

Yo no temo a los ladrones  
si civiles me acompañan.  
¡Viva la Guardia Civil  
porque es la gloria de España!.

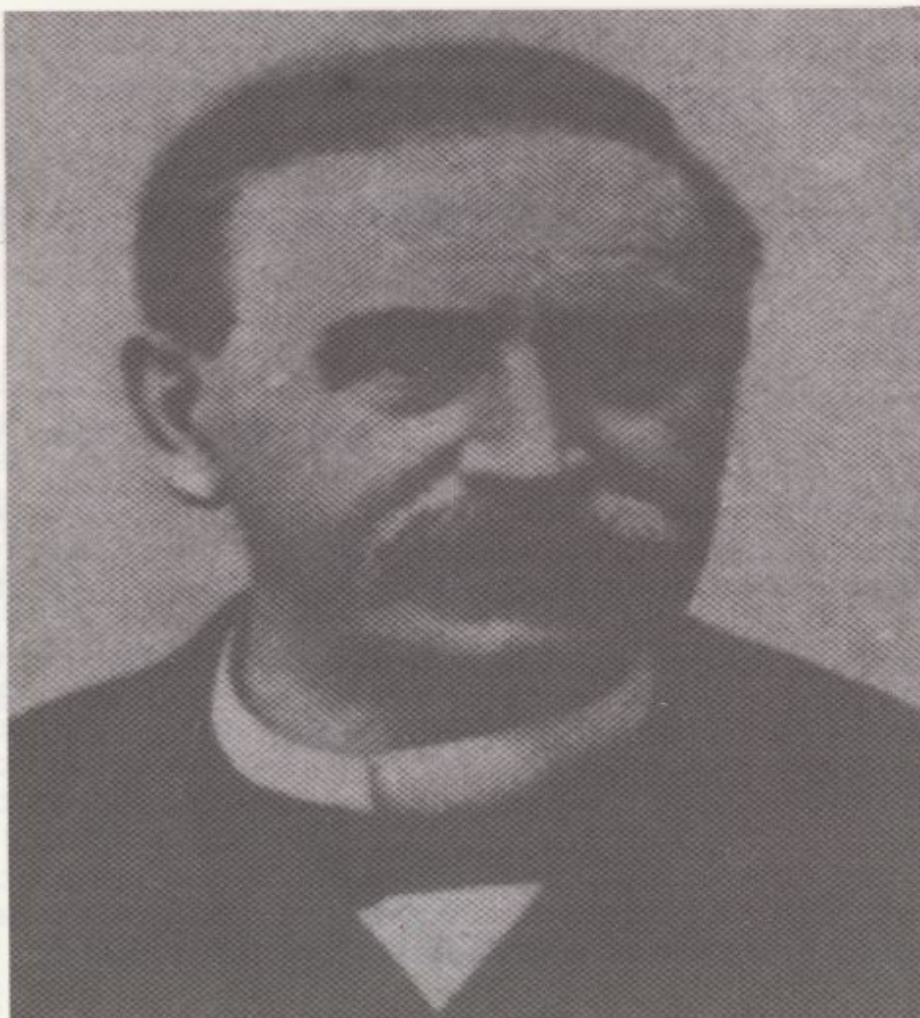
En nuestro afán de recuperar para la revista artículos de prensa relacionados con el Cuerpo, y escritos por personal ajeno a la Institución en épocas pasadas, nos dirigimos al Director de la Hemeroteca Nacional en solicitud de información y de algunos de dichos trabajos.

Nuestra esperanza no fue inútil y se vió coronada por el éxito. Independiente de recibir algunos artículos publicados allá por los años veinte y posteriores, fuimos informados de que en el Archivo de Vizcaya, ubicado en el Ayuntamiento de Bilbao, se encontraba un pequeño librito, obra de un autor vizcaíno, donde aparecía el que podía ser, quizás, el primer romance sobre nuestra Guardia Civil.

A correo seguido nos dirigimos al Director del Archivo de Bilbao expresándole nuestras inquietudes y cual no sería nuestra sorpresa cuando una mañana de septiembre, al abrir la correspondencia, nos encontramos con los versos que anhelábamos, hermosos y emotivos, y que transcribimos al final para conocimiento general.

## Antonio Trueba y la Quintana

Antonio de Trueba y la Quintana, conocido popularmente por Antón el de los Cantares, dió a conocer al mundo el nombre de las Encartaciones debido a la fama alcanzada con su obra «Cuentos y Cantares».



El poeta Antonio de Trueba.

Con el nombre de Las Encartaciones se conoce, desde tiempo inmemorial, la parte del señorío de Vizcaya que se extiende desde cerca de Bilbao hasta los confines occidentales de estas tierras con la provincia de Santander y están compuestas por las villas de Valmaseda, Lanestosa, Portugalete, los valles de Carranza, Trucios, Arcentrales, Gordejuela, Santurce, Sestao, San Salvador del Valle y Somorrostro, pertenecientes a los concejos de Sopuerta, Gáldames y Zalla.

Eran campos eternamente verdes y limpiamente cultivados, salpicados de alegres caseríos que parecían rebaños de ovejas, cuyo pastor era el recio campanario que se alzaba en medio de ellas. Y en los montes abundancia de robles, hayas, encinas y castaños, como vigías de los valles donde crecían cerezos, nogales, manzanos, ciroleros y otras especies que evocaban al paraíso de que nos habla el Génesis. Eran campos de paz y necesitaban el bardo que los cantara.

En el centro de Las Encartaciones existe una cordillera que, arrancando del Valle de Somorrostro, se dirige hacia el Mediodía, y tocando la ribera izquierda del Cadagua, se encorva hacia el oeste. Es la cordillera de Triano.

En mitad de este paisaje pintoresco, de constantes coloridos primaverales, nace nuestro personaje el 24 de noviembre de 1819, precisamente en Montellano, del concejo de Gáldames, en una blanca casita entre nogales y cerezos. Sus padres eran originarios de Montilla, pequeña aldea, casi lindante, de Santander.

Sus primeros años transcurren ayudando a sus padres en su querida tierra de Las Encartaciones.

En octubre de 1833 estalla la guerra civil —primera guerra carlista—, y sus padres, para apartarlo de los peligros que se avecinaban, deciden enviarlo a Madrid, donde llegaría quince días después, para trabajar en una tienda y almacén de ferretería que en la calle Toledo, 81, poseía don José Vicente de la Quintana, primo de la madre de nuestro poeta.

Durante diez largos años permanece Trueba y la Quintana detrás del mostrador en la tienda de Madrid. La nostalgia por su tierra le llenó de angustia mucho tiempo y nunca logró desprenderse de ella.

Durante los primeros años de alejamiento de su pueblo natal tenía dos grandes felicidades: la primera era la noche, en que tenía libertad para llorar y pensar en aquel hogar y en sus queridos padres, la segunda era la tarde de los días festivos, en que solía recorrer los campos de los alrededores de Madrid, donde se recreaba sintiendo y recordando.

Una tarde, en que la hermosura del cielo armonizaba con la que ofrecía el vallecito de Luche (hoy Aluche), en la Casa de Campo, escribió:



Las Encartaciones, comarca en la que nació y vivió su niñez «Antón el de los Cantares».

«Contemplando aquel paisaje, embriagándome con aquel ambiente, reanimándome mi vida física y mi vida moral, sentía yo un gozo interior tal y un ansia tal de amar y de llorar y de cantar y de volar libremente por horizontes espléndidos e infinitos que, instintivamente volví mi vista hacia Madrid, como buscando a aquel sabio filósofo con quien solía consultar mis dudas, como para preguntarle qué era aquella dulce agitación interior y aquella ansia enorme de llorar, de amar, de volar...».

No comprendía aún que se estaban abriendo ante él las fibras de la sensibilidad y el alma de la poesía que corría por los canales de su sangre. Le comenzó a hervir la pasión por la lectura y tras leer a los autores de moda por aquellos días: Zorrilla, Espronceda, Larra, Duque de Rivas, Carolina Coronado, Hartzenbusch, Bretón de los Herreros, etc, dice adiós a la ferretería y se decide por las letras.

Obtiene un empleo de diez reales en el Ayuntamiento y con eso se sostuvo tres años, contando con el estímulo amistoso de hombres como Castro y Serrano, Eguilaz, Luque, Arnao, Carlos de Pravia y otros.

Antonio de Trueba y la Quintana había leído versos desde niño y los venía haciendo desde antes de salir de Las Encartaciones nativas. Y a su llegada a Madrid, aunque a escondidas al principio, los seguía leyendo y escribiendo.

Se encariña con el periodismo y a partir de 1847 colabora en la «Revista Vascongada», de Vitoria, y en «La Epoca», de Madrid, entrando como redactor en la «Correspondencia de España», en 1848, y enviando colaboraciones al «Semanario Pintoresco», al «Museo Universal» y al «Correo de Madrid».

Independientemente de cuentos y versos, escribe artículos y novelas. Y también traduce.

Entre sus amistades cabe destacar, por la fama que alcanzarían en el mundo literario, a Pedro Antonio de Alarcón, Vicente Barrantes, Juan Antonio de Biedma, Francisco de Paula y Canalejas, Eduardo Bustillo, Amós de Escalante, Antonio Hurtado, Núñez de Arce, Ventura Ruiz Aguilera...

En los comienzos de 1862, reclamado por sus paisanos, y tras haber conquistado en Madrid un gran nombre en el parnaso de las letras, es nombrado cronista y archivero de Vizcaya, por lo que lleno de gran ilusión regresa entre los suyos, aunque, a decir verdad, ya pertenecía al mundo y era de todos.

Y otra vez el trágico destino, inquieto y perseguidor, obliga a nuestro poeta y a tantos otros, a huir de su tierra.

Con la llegada de la tercera Guerra Carlista (1870-1876), Trueba y de la Quintana se ve obligado a dimitir de su cargo. El, que había sido apolítico y neutral, es una de las primera víctimas. Y el silbido de las balas, en el buque en que se refugia con unos amigos, le aconseja su traslado a Madrid.

¡Los ríos corrían turbios de ceniza y sangre en las montañas y valles de Euskalerría!. Una vez más la maldita guerra que no cesa arruinaba la tierra y el corazón de los hombres.

De nuevo en Madrid vuelve Trueba a sus tertulias y colaboraciones en la prensa, reanudando su amistad con los escritores y poetas de su generación.

En 1876, finalizado el conflicto bélico, regresa a Vizcaya y se reincorpora a su puesto en Bilbao. Era como si quisiera hacer suyas las palabras de otro paisano ilustre, Ramiro de Maeztu: «No envidio la agilidad del pájaro que vuela donde quiere, sino el destino del árbol, que muere donde nace». Algo que él no pudo cumplir, pues sería fusilado en 1936, en Aravaca (Madrid).

Y es que en este país siempre están pendientes sobre nosotros las sombras del miedo y de la guerra.

Ya en la capital vizcaína nuestro *Antón el de los cantares*, como era conocido por la popularidad que alcanzaron sus obras, costumbristas y moralizantes, colabora en «El Noticiero Bilbaíno», especialmente en sus «Hojas Literarias»; en la «Revista Euskera», de Pamplona; en «La Ilustra-



Isabel II, bajo cuyo reinado se creó la Guardia Civil y a la que Antonio de Trueba dedica unos versos en su romance.



Estatua de Antonio de Trueba, por Mariano Benlliure

ción Artística», de Barcelona y en «La Ilustración Española y Americana», de Madrid, que había fundado su amigo Abelardo Carlos.

Hecho ya un breve resumen de la personalidad de nuestro poeta, damos un paso atrás, buscando los recuerdos.

Un atardecer de octubre de 1844, cuando don Antonio de Trueba paseaba por las orillas del Manzanares, se cruza con una patrulla a caballo de los nuevos soldados del orden, gallardos, recios, serios, con vistosos uniformes y tocados de extraño sombrero de galón con tres picos. Se informa a través de sus amigos y le dicen que son los nuevos guardias civiles que sustituyen a las Milicias para acabar con el bandolerismo; que tienen otras muchas misiones, entre ellas proteger personas y propiedades y prestar toda clase de servicios humanitarios que la población le reclame y hacer cumplir las leyes.

Pasan los años y en 1851, editado en Madrid por Prats, en la imprenta de José María Marés aparece *El Libro de Los Cantares*, que obtiene un éxito resonante y del que en 1865 se habían hecho seis ediciones en España y varias en el extranjero.

Y es en esta importante obra de Trueba y la Quintana donde aparece el romance dedicado a LA GUARDIA CIVIL y que transcribimos íntegro a continuación por tratarse de uno de los primeros grandes literatos que hacen referencia a la labor del Cuerpo, pues apenas hacía seis años que los hombres de la Benemérita recorrían campos y despoblados en protección de vidas y haciendas.

**I**

Pobre cantor vagabundo,  
del palacio á la cabaña  
voy solícito, buscando  
la virtud para cantarla,  
y donde la hallo, la canto  
con el corazón y el alma.  
Ni al rico, ni al pobre adulo,  
que mi pobreza me basta  
para seguir poco á poco  
por este valle de lágrimas.  
Si caigo y un caminante  
á levantarme se pára,  
poso agradecido el labio  
en la mano que me alargan,  
pero no me quejo nunca  
de los que de largo pasan.  
Mis ambiciones de gloria  
son la de hacer mi jornada  
con la conciencia tranquila,  
con el corazón sin mancha.  
¡Dios me dé una pobre choza  
en mis queridas montañas,  
donde manzanas y guindas  
coja desde la ventana,  
donde oiga cantar los pájaros  
al despuntar la alborada!  
Si pomposas inscripciones  
mi sepulcro no engalanan,  
alguien dirá: —«En esa fosa  
un hombre honrado descansa;»  
y ese es mi único deseo,  
esa es mi única esperanza,  
que siempre he vivido libre  
de vanidades humanas.

**II**

Luchó iracundo el hermano  
con el hermano en mi patria,  
y allá en los campos benditos  
que fierro y virtudes guardan,  
los que lucharon Caines,

mansos Abeles se abrazan.  
 Pero la sangrienta lucha  
 dejó sembrado en España  
 el germen de las pasiones  
 rapaces y sanguinarias,  
 y gimió el bueno oprimido  
 por la maldad despiadada.  
 Oyólo Isabel, la buena,  
 la compasiva, la magna,  
 y de sus ojos de cielo  
 brotaron piadosas lágrimas,  
 que se cernió el infortunio  
 sobre su cuna dorada.  
 «Exista, dijo, en la tierra  
 bendita, leal, hidalga,  
 donde la *Santa Hermandad*  
 existió en la edad pasada,  
 un poder que al bueno sirva  
 de perenne salvaguardia.  
 ¡Quiero que ese poder rijas  
 tú, noble duque de Ahumada,  
 tú que eres buen caballero  
 y de gloriosa prosapia,  
 tú que eres dos veces noble,  
 por la cuna y por el alma!»  
 Un grito de regocijo  
 resonó en mi dulce patria,  
 y á la voz de Isabel, fué  
 la Guardia civil creada,  
 y al verla, el pueblo español  
 cantó lleno de esperanza:  
 «¡Viva la Guardia civil  
 porque es la gloria de España!»

### III

¡La nieve cubre los puertos,  
 el helado cierzo brama,  
 ruedan desde las alturas  
 aludes como montañas,  
 está el camino obstruído,  
 la luz del día se apaga,  
 rugen en los matorrales  
 las hambrientas alimañas  
 y por todas partes reina

una soledad que espanta!  
¡Pobres de los caminantes  
que prosigan su jornada!  
Mas... ¿qué bultos son aquellos  
que en la nieve se destacan  
y bregan á fin de alzarse,  
y caen apenas se alzan?  
¡Son dos pobres transeúntes  
que han perdido la esperanza  
de tornar á sus hogares  
donde el amor los aguarda,  
donde, mirando si viene  
el dulce esposo del alma,  
una mujer está puesta  
de pechos á la ventana!  
¡Ay míseros transeúntes!  
Pronto acabarán sus ansias,  
que la sangre de sus venas  
se paraliza y se cuaja,  
y las fuerzas faltan á ambos  
y hasta el aliento les falta!  
¡Ay míseros transeúntes!  
¡Poned en Dios la esperanza  
y no dirijáis al valle  
la moribunda mirada!  
«¡Señor, dicen con voz débil,  
somos la única esperanza  
de los seres desvalidos  
que allá abajo nos aguardan!  
No permitas que esos seres  
en el desamparo yazcan.»—  
Dios, que escucha el infortunio,  
dos salvadores les manda,  
pues luchando con el cierzo  
que entre la nieve los lanza,  
con el pecho jadeante  
y la faz amoratada,  
trepan dos guardias civiles  
á la fragosa montaña.  
¡Si la ventisca los hiela,  
la caridad los inflama!  
Exánimes y ateridos  
á los caminantes hallan,  
y ellos, valientes soldados  
que en las sangrientas batallas  
hollaron muertos y heridos  
sin derramar un lágrima,

¡ante aquel triste espectáculo  
compasivos las derraman!  
Á aquellos cuerpos inertes  
calor, abrigo les falta,  
y del glorioso uniforme  
despojándose los guardias,  
exponen su propia vida  
para conservar la extraña,  
¡nuevos Martines que parten  
con Jesucristo la capa!  
El viento arrecia, la nieve  
sepultarlos amenaza,  
cierra la noche, y las fieras  
en los matorrales braman...  
A los pobres caminantes  
toman en hombros los guardias  
cual tomó el buen caballero.  
el de la invencible espada,  
el Cid, al divino Lázaro  
en la selva solitaria,  
y así, cargados con ellos,  
descienden de la montaña  
aquellos sublimes héroes  
de la caridad cristiana,  
con el cansancio en el cuerpo  
y la alegría en el alma;  
y la verlos el pueblo grita  
desde puertas y ventanas:  
—«¡Viva la Guardia civil  
porque es la gloria de España!»

#### IV

En una pobre vivienda  
yace en el lecho postrada  
una mujer, tan doliente  
del cuerpo como del alma;  
al lado del pobre lecho  
está pensativo un guardia,  
y tres niños, más hermosos  
que tres luceros del alba,  
suspiran medio dormidos  
en un rincón de la estancia.  
— Hijos, es ya media noche.  
¿Por qué no os vais a la cama?  
— Madre, ¡queremos cenar!

— ¿No cenastéis?  
— ¡Casi nada!  
¡Queremos más pan!  
— Pero hijos,  
¿no veis que no hay más en casa?  
— ¡Pues yo quiero pan!  
— ¡Y yo!  
— ¡Y yo!  
— ¡Jesús, qué matraca!  
¡No me rompáis la cabeza!  
— Tengamos paciencia, Clara.  
Mira que si te incomodas  
tu padecimiento agravas.  
— ¡Ay Juan! ¡El caso es que tienen  
las pobres criaturas harta  
razón para pedir pan,  
y aún más la tendrán mañana!  
— Pediré á mis compañeros  
para comprar en la plaza  
y creo me lo darán,  
porque en el Cuerpo, á Dios gracias,  
las almas buenas abundan  
y la caridad no falta.  
— ¡Pero hemos cansado tanto!  
— ¡Los buenos nunca se cansan!  
— ¡Ay! ¡estas enfermedades  
son la ruina de las casas!  
— Clara, por Dios, no te aflijas,  
que no nos faltará nada.—  
Y al pobre guardia civil  
se le saltaron las lágrimas,  
que también estaba falto  
su corazón de esperanza.  
Después, oyendo las doce  
en una iglesia cercana,  
se despidió con un beso  
de las prendas de su alma  
y el servicio de parejas  
poco después comenzaba.  
Estaban ocho bandidos  
ocultos en unas matas  
y á Juan y su compañero  
hicieron una descarga;  
pero los buenos arrostran  
los puñales y las balas  
cuando el honor los anima,  
cuando el honor se lo manda,

y lejos de intimidarse,  
 acometieron los guardias  
 y se trabó la pelea,  
 aunque desigual, porfiada.  
 Seis bandidos entregaron  
 allí a Lucifer el alma,  
 y mientras su compañero  
 al sétimo maniataba,  
 Juan maniataba al octavo  
 en la arboleda cercana.  
 — Cien onzas le doy á usted  
 si consiente que me vaya.  
 — Aunque me dé usted doscientas.  
 — ¡Muchas tiene usted en casa!  
 — Suplico a usted que se calle,  
 pues me ofenden sus palabras.  
 — Pero ¿quien ha de saberlo?  
 — Mi conciencia, y eso basta.  
 ¡Ande usted delante!—

Y Juan

se une con su camarada,  
 y escoltando á los bandidos  
 entran en el pueblo al alba;  
 circulan de boca en boca  
 las nuevas de aquella hazaña  
 y el pueblo viéndose libre  
 de los bandidos, exclama:  
 — «¡Viva la Guardia civil  
 porque es la gloria de España!»

## V

¡Feliz el pueblo que puede  
 dormir en la confianza  
 de que hay un ángel custodio  
 que le cubre con sus alas!  
 Ya reduzcan á cenizas  
 los edificios las llamas,  
 ya la corriente del río  
 las poblaciones invada,  
 ya e infeliz trajinero  
 se hunda en simas ó barrancas,  
 ya carezca el caminante  
 de alimento ó de posada,  
 ya asalten los malhechores

camino, heredad ó casa,  
ya el puñal del asesino  
atente á la vida humana,  
siempre la Guardia civil,  
cual la paloma del arca,  
en medio del cataclismo  
es nuncio de la esperanza,  
y por eso en todas partes  
bendiciones la acompañan,  
por eso Dios la protege  
cuando al peligro se lanza,  
por eso la canto yo  
con el corazón y el alma.

Yo no temo á los ladrones  
si civiles me acompañan  
Viva la Guardia civil,  
porque es la gloria de España.

Antón el de los Cantares decía al final de su romance:

«Es poco menos que inútil el cantar que he dedicado a la Guardia civil, cuando no hay en España un corazón honrado que no la bendiga, que allá en su fondo no eleve un himno entusiasta y agradecido á tan benéfica institución, orgullo del reinado de Doña Isabel II, y noble título de gloria del señor Duque de Ahumada que la organizó. La crónica de la Guardia civil cuenta ya mil y mil hechos tan admirables y honrosos como los dos que yo he cantado».

Cuando Antonio de Trueba y la Quintana fallece en Bilbao, a las cuatro y media de la tarde del 10 de marzo de 1889, en su casa de la calle Ibáñez, su ágil pluma había dado a la posteridad obras como la ya citada El Libro de los Cantares, Cuentos de color de rosa, Cuentos populares, La paloma y el halcón, El Cid Campeador, Madrid por fuera, El libro de los recuerdos, etc. En todas ellas, de gran lirismo y que tuvieron gran aceptación, Trueba como gran enamorado de su tierra natal exalta los paisajes y tradiciones de Vizcaya, siendo precursor de Pereda en sus novelas costumbristas.

Y desde estas páginas, que recorrerán todos los rincones de España, queremos expresar a Don Antonio de Trueba nuestra gratitud por su hermoso romance.